

del mundo, no existían ya, y los puestos militares que por tanto tiempo estuvieron ocupados por los ingleses, quedaron evacuados al fin. Por último, acababan de celebrarse tratados con Argel y Trípoli, y como Tunez no hacia ya ninguna presa, quedó abierto el Mediterráneo para los buques de América.

»Este brillante resultado no era perfecto del todo por causa de las disensiones con Francia, pero los que saben en qué consistían las diferencias entre ambas naciones, comprenderán á qué se debe atribuir la causa de ellas, pudiendo juzgar asimismo si estaba en poder del Presidente haberlas evitado sin sacrificar la verdadera independencia de la nación y el mas apreciable de los derechos.

»Tal era la situación de los Estados-Unidos al terminarse la última administración de Washington; todos recordarán en qué es-

tado se hallaban al principio, y seguramente que el contraste es harto admirable para que no se note. Atribuir esclusivamente este ventajoso cambio en los asuntos de América á la sabiduría de los consejos nacionales, es cosa que no pretenderemos nunca; pero que muchas de las causas á que aquel se debió se originaron con el Gobierno, y que este facilitó los medios merced al sistema adoptado, es cosa que tampoco se puede negar. Para apreciar debidamente ese sistema, debe conocerse á fondo la verdadera influencia de esas fuertes preocupaciones y pasiones turbulentas que predominaron en aquella época (\*).»

(\*) Mr. Sparks, consagra varias páginas al hacer sus observaciones sobre la conducta de Mr. Jefferson con Washington. La lectura de aquellas no deja de ser curiosa, y no podemos menos de convenir con Mr. Sparks que despues de todo, no es fácil convencerse de que Jefferson no se hubiera hecho culpable respecto á Washington en los últimos años de su vida.

## APÉNDICE AL CAPÍTULO IX.

### I. LA CARTA DE MAZZEI.

«Desde el 24 de abril de 1796, en que nos dejasteis, ha cambiado de una manera notable el aspecto de nuestra política. En vez de ese noble amor á la libertad y al Gobierno republicano, que nos condujo triunfantemente á través de la guerra, tenemos ahora un partido anglicano, monárquico aristocrático, cuyo evidente objeto es introducir entre nosotros la esencia del Gobierno Británico, así como en otra época se quiso que adoptáramos sus reformas. La mayoría de los ciudadanos, no obstante, permanece fiel á sus principios republicanos, pero contra nosotros están los poderes ejecutivo y el judicial, todos los oficiales del Gobierno, los que quieren serlo, los hombres tímidos que prefieren la calma del despotismo al borrascoso mar de las libertades, y los comerciantes británicos y americanos que trafican con los capitanes ingleses, lo cual hace que nos vayamos pareciendo en todo al pervertido Gobierno Británico. Os daría un verdadero disgusto si os nombrara los apóstatas que han consentido en estas herejías, hombres que eran Sansones en el campo de batalla y Salomones en el consejo, pero que se han dejado trastornar la cabeza por la disoluta Inglaterra. En una palabra, no es probable que conservemos la libertad que obtuvimos, sino ó costa de grandes esfuerzos y peligros, pero contamos con suficientes fuerzas y tenemos bastante poderío para que no se nos arrebatase aquella ni se intente nada contra nosotros. Nos bastará despertar y cortar los débiles lazos con que se nos sujetó durante nuestro primer sueño.»

Mr. Tucker (vol. I., págs. 519-28) hace una notable defensa del anterior párrafo de la carta de Mazzei. (Véase tambien,

vol. II, pág. 25.) Marshall, en una nota que se encuentra al fin de su *Vida de Washington*, examina severamente la carta de Mazzei. Cualquiera que fuere la conclusion que deduzca de todo esto el aficionado á la historia, lo que aparece claro es que todo ello no hace mucho favor á Mr. Jefferson, ni revela tampoco que éste respetara como era debido los principios políticos y los hombres de aquella época.

### II.—OBSERVACIONES DE MR. GIBBS ACERCA DE LA RETIRADA DE WASHINGTON DE LA VIDA PÚBLICA.

Poco antes de retirarse Washington celebró su última reunion, notable por su sencillez, imponente por los personajes que concurren y afectuosa por la buena armonía que en ella reinaba. Habíanse reunido los principales jefes de la república y de todos los partidos y opiniones; veíanse veteranos de la guerra de la independencia, hombres de Estado de blancos cabellos que disfrutaban hacia tiempo de la paz del hogar doméstico; los consejeros del poder ejecutivo y amigos particulares; los ministros de los Gobiernos extranjeros que veneraban tanto á Washington como sus compatriotas; y por último los ciudadanos mas notables que iban á ofrecerle el último tributo de afecto y admiración. Allí no habia pajes de corte, ni ese brillo ni esos bordados espléndidos que se ven en las recepciones de los monarcas, mas no obstante aquella reunion tenia algo de magestuoso. Los dignatarios de una nación habían ido juntos á despedirse de un hombre, que obedeciendo al llamamiento de su patria, no para alcanzar honores, sino para cumplir un deber, habia conducido los ejércitos de su país y hecho respetar las leyes, mostrándose no obstante mas



dispuesto á dejar el poder que á encargarse de él; á un guerrero sin tacha, á un gobernante sin ambicion, á un hombre sábio y de reconocida rectitud, á un ciudadano notable por su ardiente patriotismo, á un hombre en fin á quien señalarian todas las generaciones para probar que la virtud y la grandeza han podido y pueden unirse.

Y el que era objeto de la admiracion de todos, ¡cuántas reflexiones podria hacer en aquel momento, cuántos recuerdos se agolparian á su imaginacion, cuántos cambios de hombres de opiniones y de ideas habria presenciado en los sesenta años que contaba de existencia! El creciente descontento de algunos emigrados ingleses, por la tirania de que eran víctimas, habia dado por resultado que se formara una nacion á los ojos del mundo, en la cual hubo reñidas batallas, se proclamó la independenciam, se mantuvo á costa de mucha sangre, se establecieron gobiernos y se reconoció la soberanía popular. Despues de continuas turbulencias y peligrosos conflictos, un hombre se habria encargado de presidir aquella nacion, grande ya por su importancia, por sus nobles virtudes, por su energia y por su inteligencia; nacion que tenia sin embargo sus grandes faltas y experimentaba ardientes pasiones, que si no se corregian ó moderaban, podian causar su ruina.

¿Cuál seria el porvenir de esta nacion? Nubes sombrías encapotaban su horizonte; amenazábanla grandes peligros; la licencia y la anarquía podian destruir en pocas horas el trabajo y el fruto de muchos años; las facciones iban acaso á echar por tierra el edificio levantado por los fundadores; y para evitar todo esto, un hombre se encargó de las riendas

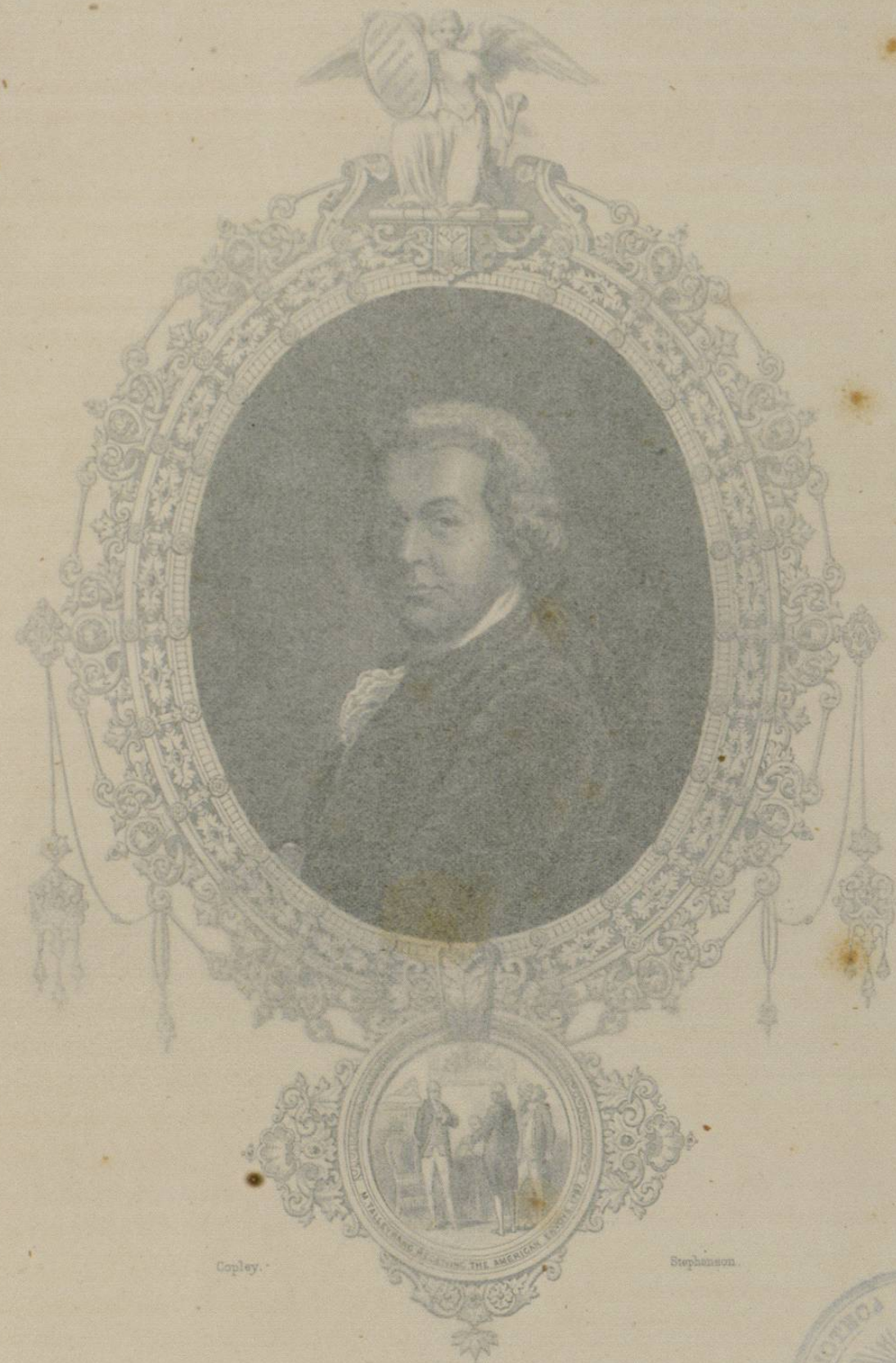
del Gobierno con la misma solicitud con que un padre se cuida de la educacion de su hijo.

Los hombres que estaban á su alrededor, tales como Franklin, Morris, los dos Adams, Hancock, Greene y Pay, le recordaban los amigos que habia perdido, los eminentes patriotas que como él habian sido modelos de virtud y se habian hecho notables por sus servicios á la patria.

En cuanto á Washington, hijo sin educacion, de un arrendatario de las provincias de un distante imperio, agrimensor errante en los bosques de Aleghani, oficial partidario representante de algunos colonos revoltosos, jefe de un ejército de rebeldes, general que habia vencido á los aguerridos veteranos de Europa, político que llegó á resolver el difícil problema de establecer un Gobierno, y jefe de un Estado por aclamacion unánime, que habia llegado á tratar con las naciones, con los reyes y los principes de igual á igual, era llegada la hora de que se confundiera entre tres millones de habitantes, sin mas representacion, sin mas importancia que el último de aquellos!

Y sin embargo ¡cuántos sacrificios habia hecho! ¡Con qué valor habia antepuesto los principios á las pasiones, dominado la voluntad, sufrido las calumnias, contenido el espíritu de venganza y cumplido en fin con los deberes que le imponian su valor, su fé y su conciencia!

¿Era extraño pues que hubiera pocas sonrisas en la última recepcion de Washington ó que las lágrimas se deslizasen por las mejillas para ir á humedecer la mano que muchos estrechaban por última vez?



Copley.

Stephenson.

John Adams





